

XI.

Esta fué la época de la mas violenta pasion de Nelson hácia el idolo que habia dejado en Nápoles. La ausencia, concentrando la imágen de esta maravillosa belleza en su corazon, añadia la melancolia de los recuerdos al encanto del amor. El mar, la soledad del buque, la muerte sin cesar presente, el sentimiento de la inestabilidad de la vida que apremia al alma ávida de felicidad, como en los festines de la antigüedad la muerte los apremiaba á saciarse en fugitivos placeres; la dominacion de una imágen única, presente siempre al pensamiento, y que ninguna otra podia borrar del corazon, la ignorancia de las artes de la muger y la incredulidad á sus inconstancias, esplican estas demencias de la pasion culpable en los marinos y en los guerreros. Llevan consigo en su corazon impresiones que nada vienen á alterar. Las largas campañas y las largas navegaciones, con una sola memoria, son enfermedades del corazon, que se agravan con el aislamiento, y que acaban por matar la razon como la virtud. La razon y la virtud de Nelson estaban muertas: solo el amor vivia en él.

«¡Ay! escribe por todas vias á su idolo, ¡jeun desierta y triste me parece la cubierta de un navio despues de la compañía que he perdido para confiar en una cabina solitaria sobre el Océano! ¡Me habeis hecho odioso todo lugar en el mundo, excepto el que habitais!»

XII.

Sus mejores amigos, que habian conservado el derecho de decirle la verdad, le respondian en vano en sus conversaciones ó en sus cartas. Convenia con ellos en la justicia de sus acusaciones, se devoraba con sus propios remordimientos; pero estos remordimientos bastante vivos para emponzoñar la vida, no eran bastante enérgicos para devolverlo á la virtud. Desobedeció muchas veces las órdenes de su gobierno que lo llamaba al Océano para permanecer en el Mediterráneo, mas cerca de lady Hamilton y fijar sus ojos en Nápoles.

XIII.

Poco tiempo despues, Bonaparte, embarcándose en Tolon á bordo de la escuadra mas imponente que desde las Cruzadas habia atra-

vesado el Mediterráneo, con un ejército espedicionario, dejaba á la Inglaterra indecisa sobre el verdadero objeto de semejante armamento. ¿Iba á pasar el estrecho para atacar á la Gran Bretaña en una de sus islas europeas ó en las Indias? ¿Iba á apoderarse de Constantinopla y á dominar desde allí la Rusia, el Austria y los mares de Europa? El almirante Saint-Vincent, encargado del mando supremo de todas las fuerzas navales de Inglaterra sobre las costas de Francia, de Italia y de España, no atreviéndose á desguarnecer las grandes estaciones que ocupaba ante los puertos de Francia y de España, delegó á Nelson, como el mas valiente y activo de sus comandantes, la observacion, la persecucion, y si posible era la destruccion de la espedicion francesa.

Nelson sucesivamente reforzado por diez y seis navios de alto bordo, y conservando su pabellon de almirante sobre el *Vanguard*, se lanzó á la ventura sobre las huellas desconocidas de aquella escuadra, cuya ruta ó camino no venia á señalarle indicio alguno. Despues de haber tocado en Córcega, dejada ya atrás por Bonaparte, y recorrido en vano los mares de España, volvió á Nápoles el 16 de enero, desalentado por sus vanas correrias y sin viveres ni municiones. Los avisos de los cónsules ingleses en Sicilia, le anunciaron en Nápoles la conquista de Malta verificada por Bonaparte la inmediata salida de la escuadra apenas sometida esta isla, y encaminaron al fin sus conjeturas hácia el Egipto.

Las intrigas de lady Hamilton, favorecidas á la vez por la pasion que tenia hácia la reina y la que le devoraba respecto á Nelson, obtuvieron de la corte de Nápoles, no obstante una aparente neutralidad, todos los socorros y todas las provisiones necesarias á la escuadra inglesa para renovar una campaña tan peli grosa.

En pocos dias Nelson salió de nuevo al mar, tocó en la Cerdeña, costó las playas del Peloponeso, recorrió en todas direcciones los mares de Oriente, sondeó vanamente con sus avisos la rada de Alejandria, cruzó desesperado el mar de Egipto, se aproximó á Candia, mientras la escuadra republicana costaba esta isla por el lado opuesto, se acercó á Malta, interrogó vanamente á todas las velas del Archipiélago, supo que en su patria se elevaban contra su lentitud y capacidad acusaciones que redoblaban su carrera, se irritó contra los vientos, forzó las velas, desafió las tempestades, y volviendo atrás, apercibió al fin en la aurora del 4.º de agosto el bosque de mástiles de la escuadra francesa anclada en el puerto de Aboukir, á seis leguas de Alejandria, cerca de la desembocadura del Nilo

TERCERA PARTE.

I.

Bonaparte habia desembarcado ya y marchaba al través del desierto hácia el Cairo. El almirante Brueys mandaba la escuadra, compuesta de diez y siete navios de guerra, de cuatro fragatas y de un gran número de buques ligeros. Este almirante esperaba á cada momento la aparicion de la armada inglesa. La superioridad del número de sus buques y de sus cañones, la igualdad del valor en sus tripulaciones, habrian permitido en cualesquiera otras circunstancias á Brueys esperar á Nelson sin retroceder, y aun buscarlo para disputarle el Mediterráneo. Pero las batallas navales tienen contingencias que las instrucciones de Bonaparte y la naturaleza de la espedicion impedian correr al almirante francés. La escuadra, apoyo y arsenal del ejército de tierra, era la única base de las operaciones de Bonaparte en Egipto. La destruccion de esta escuadra quitaba al ejército francés el solo medio de comunicacion y la sola esperanza de refuerzos de la madre patria. Era el puente entre la Francia y el Egipto; esponer los navios al incendio en plena mar, era vender á un tiempo mismo el ejército que acababa de conducir, y la Francia á donde debia volver.

Brueys, despues de varios esfuerzos para entrar en el puerto cerrado de Alejandria, que se creia entonces muy poco profundo para recibir navios de gran calado, se habia resuelto á anclar la flota en la rada de Aboukir. Habia fortificado sus escollos; seis navios anclados, dispuestos en círculo cóncavo, como la playa, apoyados en un extremo por el islote de Aboukir, fortaleza natural armada de cañones, y en el otro por un brazo avanzado de la playa, eran otras tantas fortalezas inmóviles, presentando sus baterias contra el mar. Podian combinar sus fuegos contra un mismo buque. Inabordable, á juicio de Brueys, por el lado del mar, por el de la tierra, estas defensas daban á un combate naval la solidez y la inespugnabilidad de una trinchera de fuego.

II.

Á las dos de la tarde del 4.º de agosto, Brueys, advertido por sus señales de la aparicion de Nelson á la vista de Egipto, convocó á bordo á todas sus tripulaciones. Mandó á dos de sus bergantines, el *Alerté* y el *Railler*, que

calaban poca agua, que fueran á reconocer la escuadra inglesa á tiro de cañon, huyendo despues y atravesando para entrar en el puerto por la rada, donde esperaba que su ejemplo arrastrase á los buques de Nelson que formaran la vanguardia, y que de esta suerte encallarian en los escollos del Nilo.

Pero Nelson, que conocia aquellos escollos cortó el lazo. Sin ocuparse de los bergantines, se adelantó en órden de batalla sobre el frente de la escuadra francesa, como al asalto de una posicion, y despues, virando de bordo, y precipitándose sin echar la sonda, sin vacilar y sin hacer fuego entre la estremidad de la linea donde Brueys habia anclado su escuadra y el islote fortificado de Aboukir, atravesó aquel paso á velas desplegadas con la mitad de sus navios, perdiendo solo el *Culloden* en esta operacion.

A medida que sus navios atravesaban este paso, se colocaban cada uno de ellos detrás de los navios franceses. La otra mitad de la armada de Nelson, deniéndose de súbito y poniéndose en fila, se colocó por el lado del mar frente á los navios de Brueys, atacados así por los dos flancos, abriéndose el fuego como un doble trueno contra el puente de los buques inmóviles de la Francia.

La escuadra francesa, habiendo perdido así á un tiempo mismo, por un error de su almirante, la proteccion que esperaba de tierra, y la facultad de moverse en un combate al ancla, previó su destino. No le restaba otra cosa que perecer gloriosamente arrastrando en su destruccion enantos navios enemigos le fuera dado destruir. Hizose digna de la grandeza de su desastre. El ejército republicano de esta escuadra, mandado aun en aquel postrero dia por los oficiales heróicos de las guerras de la revolucion, se elevó al nivel de la antigüedad por su suicidio; héroes de una segunda Salamina, á los que solo les faltó un Temistocles. El *Sparciato*, el *Franklin*, el *Orient* y el *Tonnant* respondian con sus dos costados de baterias al doble cañoneo de los navios ingleses, cubriendo los buques de Nelson de mástiles, vergas, de muertos y de heridos.

La victoria no fué el premio de la superioridad naval, sino de la fatalidad de la posicion. Jamás la escuadra francesa se mostró mas grande en sus victorias que en esta gloriosa derrota. Cada navio fué una escena de las Termópilas, porque los combatientes no luchaban ya por vencer, sino para morir con gloria. Cada puente vió caer uno á uno sus comandantes, sus oficiales, sus artilleros, y no entregó á los ingleses sino cadáveres y hogueras. El almirante Brueys, herido ya á los primeros disparos, se mantenía de pie sobre la duneta de su navio, el *Orient*, rodeado de los restos de su estado mayor, implorando la muerte para cubrir su infortunio. Una bala de Nelson le dividió en dos pedazos; aun entonces Brueys se oponia con sus manos moribundas á los que

querian depositarlo bajo cubierta. «¡No, no, exclamaba, ¡un almirante francés debe espirar siempre en su puesto!» Su capitán de pabellón, Casa-Branca, cayó un momento después sobre el cuerpo de su general; el *Orient*, sin gefes ya, combatió como entregado á sí mismo. Nelson fué herido por uno de sus disparos, cayendo, abierta su cabeza por un fragmento de sus vergas. La sangre inundó su rostro, y la piel de su frente, cayendo sobre su único ojo, lo sumergió en las tinieblas, que durante un momento tomó por la noche de la muerte.

Seguro ya de triunfar, pero creyendo mortal su herida, Nelson hizo llamar al capellán del *Vanguard*, y le encargó su último y tierno adiós á la familia. Un silencio de terrible ansiedad suspendió la respiración del navio, mientras el cirujano examinaba la herida. Un grito de alegría resonó á bordo, cuando hubieron declarado que no era mas que superficial, y que el vencedor sería conservado á su patria. La noche, que habia venido desapercibida, pues el incendio del combate iluminaba las olas, cubria ya á los combatientes tres horas hacia. Los navios franceses se callaban uno á uno, á medida que sus tripulaciones, diezmas, abandonaban sus cañones, se abismaban en plena mar, se arrojaban, cortados sus cables, sobre la playa, ó se destrozaban contra los escollos. El *Orient* estaba todo incendiado, y aun disparaba sus cañones de segunda fila, prontos á ser devorados por la inmensa hoguera que la brisa de la noche extendia por doquier. Los navios ingleses habian cesado de responderle, y se retiraban á gran distancia para huir á su inevitable explosión. El capitán Dupetit-Thouars, comandante del *Tonnant*, no detenia sus disparos ni aun á la vista de tan inmenso desastre. No combatia ya por la vida ni por la gloria, sino por la inmortalidad. Un brazo llevado por una bala, con sus dos piernas destrozadas por la metralla, Dupetit-Thouars hacia jurar su tripulación no abatir su bandera y lanzar su cuerpo al mar para que ni aun sus restos cayesen en poder de los ingleses. Este navio, así como el *Franklin*, cubierto con los cadáveres de su oficialidad, no fué sino otro cadáver tambien en medio del mar.

III.

El incendio siempre creciente del *Orient* era lo único que alumbraba ya la rada cubierta de destrozos. Los marineros de este navio se precipitaban por sus troneras al mar, y sobre sus restos se encaminaban á la playa. Exhortaron á su capitán Casa-Branca, cubierto de heridas, á que permitiese lo salvaran. Sea imposibilidad de mover sus miembros destrozados, sea voluntad estoica de no sobrevivir á su

navio, Casa-Branca rechazó estas súplicas de su tripulación. Quisieron salvar á lo menos á su hijo, niño de doce años, que daba las mas heroicas esperanzas, y que su padre, por un exceso de cariño habia llevado consigo, pero el niño abrazando el cuerpo de su padre, resistió á los ruegos y á la fuerza y quiso morir en los brazos de aquel que le diera la vida.

La explosión que se aproximaba, obligó á los generosos marineros á abandonar á su amor aquel fúnebre grupo. El *Orient* reventó á las once de la noche con una explosión que hizo temblar el Egipto hasta Roseta, y con un fulgor tal que por largo tiempo iluminó los horizontes. Sus mástiles, sus vergas, sus cañones, cayeron como fuego sobre el puerto y como un pedazo del cielo que se desgajase al estruendo de los humanos combates. El sol al nacer no descubrió sobre la rada de Aboukir otra cosa que esqueletos de navios encallados ó ardiendo, dispersos á impulso del viento.

Algunas banderas francesas flotaban aun sobre aquellos restos. El mismo Nelson, privado de mástiles y reducido á sus velas inferiores, apenas podia mover su escuadra victoriosa, pero desmantelada. Dos de sus navios, únicos que habian permanecido intactos, acabaron la conquista de los despojos de la noche. Algunos capitanes franceses encallaron sus buques en los bajios y los incendiaron, para disputar sus restos al vencedor. El ejército francés se hallaba prisionero en su conquista del Egipto. La futura capitulación de aquel ejército era la segunda victoria de Nelson. La fortuna no lo concede todo á un mismo pueblo: al uno la tierra, al otro el Océano.

IV.

Esta victoria de Nelson, dicen los historiadores franceses, testigos de la batalla, fué tal vez la mas completa que jamás se haya conseguido en el mar desde la invención de la pólvora. Nelson solo la debió á su arrojo y á la inmovilidad de la escuadra de Bruceys. Lo que esta heroica escuadra hizo anclada, prueba lo que habria hecho si hubiese podido disponer de sus velas. No combatió; fué inmolada; pero su suicidio arrastró millares de enemigos, y cubrió con un respeto igual la gloria de los vencidos y de los vencedores.

Nelson, después de haber dado gracias á Dios de las batallas sobre la arena de la playa de Aboukir, empleó diez y ocho dias en componer sus navios antes de poder lanzar al viento sus velas. Los buques ligeros llevaron la noticia de su triunfo á su patria.

Mal curado de sus heridas, volvió á Nápoles á saborear su triunfo en las delicias del amor. La corte temblorosa y tranquilizada por

su triunfo, voló á su encuentro en la rada de Nápoles, y le acompañó hasta el palacio. Lady Hamilton se desmayó en su lancha, y fué conducida exánime por su emoción á los pies de Nelson.

Bien pronto ella protegió la marcha de la corte con todo el ascendiente que tenia sobre el corazón de Nelson. Los franceses se aproximaban; la corte meditaba su fuga; pero el pueblo de Nápoles la vigilaba. La cualidad de embajadora y la intimidación de lady Hamilton con la reina, la permitian servir de intermediaria activa entre la escuadra y la corte, sin despertar sobre este proyecto de fuga las sospechas de la agitada multitud. Al abrigo de un subterráneo ignorado que existe bajo las bóvedas del palacio, y que comunica con el mar, lady Hamilton hizo embarcar de noche en los buques de Nelson los tesoros, los diamantes de la corona, los objetos artísticos y de lujo que subian á la suma de trescientos millones. El mismo Nelson, aproximándose á la entrada de este subterráneo en tres lanchas durante la tempestuosa noche del 21 de diciembre, recogió á la familia real, los ministros, sir William y á lady Hamilton, y los trasportó á pesar del furor de las olas, á bordo de su navio almirante. Una tempestad de tres dias amenazó sepultar entre Nápoles y Sicilia aquella corte fugitiva á quien la tierra y el mar parecia negar un asilo.

Lady Hamilton, tan intrépida en el peligro como el mismo Nelson, se consagró á la reina su amiga y á la familia real con el mas completo olvido de sí propia y con la abnegación de una esclava de la antigüedad hácia su señora.

El hijo mas pequeño de la reina espiró al exceso de la fatiga y del terror en los brazos de lady Hamilton. El rey y la reina desembarcaron tres dias después en Palermo con el cadáver de su hijo. La república, proclamada en todo el reino, amenazó hasta Messina. Solo el cardenal Ruffo, mas soldado que sacerdote, hombre propio para la guerra civil, *Charette* italiano bajo la veste del pontífice, hizo de la Calabria una segunda *Vendée*, y levantando cuarenta mil hombres en nombre de la religion perseguida y del rey proscrito, marchó lentamente sobre Nápoles, para realizar la contrarrevolucion. Nelson observaba desde Palermo estos movimientos del reino favorecidos por la reina, y aguardaba impacientemente la hora de un desembarco y de una restauración. Los favores del rey y de la reina y el amor de lady Hamilton en medio de aquella corte voluptuosa y en aquel clima abrasador, no amortiguaban su ardor por los combates, ni acallaban tampoco sus remordimientos. Un eco de melancolía y de desaliento de sí mismo revela la turbación de su alma en su correspondencia de Palermo: «Estoy alojado, escribe, en el palacio de lady Hamilton: ella es mi consejo, mi confidente, mi secretario y mi enfermera. Mi salud, es verdad, está alterada; pero mientras respire, si la reina lo manda permaneceré aquí enarboladas en los fuertes, Nelson, haced que

para protegerla... Mis pensamientos me devorarán y me matan. Mi único deseo es algunas veces bajar con honor á la tumba, y cuando la voluntad de Dios me llame á ella recibiré la muerte cual se acoge á un amigo. No es que me muestre insensible á los honores y á las riquezas que mi rey y mi país acumulan sobre mí; pero estoy pronto á abandonar este mundo agitado, y no envidio á nadie sino á aquellos cuyo dominio inmutable se compone de seis pies de tierra...»

En medio de estos disgustos, espionaje de una felicidad que la virtud no aplaude, la reina y lady Hamilton le habian comunicado su odio implacable contra los republicanos de Nápoles. Reconócese el acento de las guerras civiles en las cartas que escribe desde Palermo á su amigo el almirante Froubridge que mandaba el bloqueo de Nápoles: «Escribidme pronto, le dice con feroz alegría, que se han cortado algunas cabezas: ¡solo esta noticia puede fortalecerme un poco!»

V.

Bien pronto el cardenal Ruffo, llamado por los cuarenta mil *lazzaronis*, populacho que adoraba su servidumbre porque era demasiado abyecto para comprender la libertad, llegó con su ejército á las puertas de Nápoles. Nelson, ante aquella noticia precursora de una contrarrevolucion, llamó á su lado todas las escuadras del Mediterráneo, dispersas ante las costas de Egipto ó ante las de Italia, y formó una armada de diez y ocho navios cerca de la isla de Marítimo en la playa oriental de la Sicilia. Lady Hamilton se embarcó con él para el golfo de Nápoles, á fin de preparar por sí misma el camino á su amiga la reina, y adelantarse á sus venganzas. Nelson, al acercarse á Nápoles halló la capital vencida ya y ocupada por el ejército del general Ruffo.

Los gefes republicanos, encerrados en los fuertes de Nápoles habian capitulado con el cardenal, y esta capitulación les aseguraba las vidas y la libertad de abandonar el reino. El capitán inglés Foots, que mandaba el bloqueo hasta la llegada de Nelson, habia firmado esta capitulación á ruegos de Ruffo. Nelson entró con velas desplegadas el 25 de junio con toda su escuadra en la bahía de Nápoles. El rumor de una capitulación que arrancaba á la reina sus víctimas, se esparció á bordo de la escuadra: lady Hamilton se negaba á creerla. De pie sobre la cubierta del *Fondroyart*, al lado de Nelson, la vista de una bandera de paz sobre los castillos de Nápoles, la confirmó este rumor. «¡Nelson! exclamó indignada, mostrando con su gesto las señales de la capitulación con su gesto las señales de la capitulación

arranquen en el instante esas banderas: ¡no se capitula con rebeldes!»

Nelson, dominado por la pasión, obedeció á aquella ira. El generalismo Ruffo, menos implacable que un almirante extranjero en una lucha civil, donde es uno mas enemigo cuanto mas compatriota, se negó noblemente á violar la palabra dada. Llamado á bordo del navío almirante para recibir allí por órgano de lady Hamilton las intimaciones absolutas de la reina, el cardenal defendió con energía la causa de sus enemigos vencidos y amnistiados. Declaró á Nelson y á su cómplice que si la vida y la libertad de los gefes republicanos no eran respetadas, retiraría sus tropas de Nápoles, no queriendo manchar su escudo ni aun por la causa de su Dios y de su rey, con una felonía, que era el asesinato de sus conciudadanos desarmados.

Lady Hamilton, animada de la venganza de su amigo, lo tomó todo bajo su responsabilidad, y Nelson se hizo así ya para su patria cómplice de este terrible sacrificio. La capitulación firmada por el comandante del bloqueo, Foots, fué arrebatada á este oficial, desgarrada y arrojada al mar por lady Hamilton. Los gefes republicanos, encerrados en sus fuertes, y que contaban en sus filas casi toda la joven nobleza de Nápoles, y lo que el clero, la literatura y las artes tenían de mas eminente, fueron en número de seis mil entregados á la cuchilla de las comisiones militares ó á los puñales del populacho.

Los juicios y los asesinatos ensangrentaron durante un terror de sangre fria las islas, la escuadra y el mar de Nápoles. Aquellos que habían escapado del cadalso eran degollados por el puñal y arrojados á las olas de la playa. Sicarios y delatores, resucitados de los tiempos de Tiberio, daban las formas de la justicia á estos asesinatos. Cuarenta mil ciudadanos caían bajo estas leyes de muerte que abrian por entre sangre una senda al regreso del rey y de su implacable esposa. Tribunales ambulantes recorrían las provincias seguidos de sus verdugos. Hombres vivos cogidos por los lazzaroni eran arrojados á las hogueras encendidas en la plaza de palacio ó debajo de los cañones de la escuadra que conducía la familia real. La reina dirigía desde Palermo listas de proscripción, donde el nombre de las víctimas estaba suscrito por la venganza. Treinta mil cautivos llenaban las prisiones de Nápoles, y el tormento arrancaba de ellos la confesion del crimen ó de la complicidad política. Las juntas de estado enviaban cada dia su contingente de víctimas al cadalso.

Los ciudadanos mas ilustres por su nombre, por sus servicios ó por su talento, tales como Cyrillo, Menthone, Conforti, Fiano, Albonese, Fiorentino, Pagano, el obispo Larno, el prelado Natale, la marquesa San Felice, la poetisa Eleonora Pimentel, y trescientas víctimas, lo mas selecto de la ciudad, fueron ahorcadas y

arrojadas al mar despues de su suplicio, como su única sepultura. Los principes Torello y Riario, el baron Poerio, orador ilustre y moderado, el marqués Carleto, el caballero Abamonti, relegados por clemencia en la isla desierta de Fariguana, cerca de los escollos de Sicilia, se vieron encerrados en una caverna submarina que habia servido ya de tumba anticipada á los desterrados de Roma. Serra y Riario jóvenes de las mas altas familias, cayeron á impulsos de la cuehilla antes de haber alcanzado la edad del crimen. La cabeza de un niño de diez y seis años, hijo único del marqués Genzano cuya inocencia y belleza eran el encanto de la ciudad, fué arrojada tambien al verdugo. Su padre, Bruto de la cobardía, para disimular su dolor, solicitó una infame complicidad con los profanadores de su propia sangre, y ofreció, algunos dias despues del suplicio, un festin de congratulación á los jueces. Una joven de la alta nobleza, condenada al cadalso por haber, á causa de su amor hacia uno de sus gefes republicanos, cuya vida estaba amenazada, revelado una conspiracion contra la república, se declaró preñada la víspera del suplicio: los tribunales, ultrajando su pudor, la hicieron conducir á palacio para entregar su cuerpo al examen de los médicos de cámara.

Declarada en estado de preñez, se suspendió la ejecución hasta su alumbramiento; arrojada á bordo de un buque y sumida mas tarde en los calabozos de Palermo, el dia en que dió la vida á su hijo, fué el último de su existencia. Las proscripciones de Mario, de Sila, de Tiberio y de la Convencion, estaban ya igualadas por el odio de una corte italiana, servidas por una plebe fanática y protegidas por un héroe inglés, sometido á una muger de mala existencia.

VI.

Nelson no preservó ni aun sus buques de las manchas de esta sangre derramada por réglas venganzas. El almirante napolitano Caracciolo, en otro tiempo su compañero de guerra en las campañas navales, en que las escuadras inglesa y napolitana estaban combinadas, habia acompañado fielmente al rey hasta Sicilia al aproximarse los franceses. Llamado á Nápoles, una vez consumada la revolucion bajo la pena de ver confiscados sus bienes, habia vuelto con la autorizacion del principe á su patria. Nombrado á su pesar para el mando general de la escuadra, merced á su fama y talentos, era culpable de haber servido á su patria durante aquel interregno. Sus numerosos amigos presintiendo la venganza de la reina, lo habian hecho evadirse de los fuertes durante la negociacion, bajo el traje de un campesino de la Calabria. Preso, interrogado, reconocido, y

traido atadas sus manos á Nápoles, lo habian entregado por una órden de Nelson á la escuadra inglesa.

No se dudaba de que aquella prision aparente seria para el infeliz Caracciolo una hospitalidad disfrazada, porque el suplicio no se atreveria á reclamar á un huésped de la Gran Bretaña. Pero lady Hamilton habia resuelto hacer de un navío inglés el cadalso del mas illustre de los napolitanos. Nelson recibió á Caracciolo á bordo del *Fondroyart*, habitado aun por el y su favorita; convocó en él un consejo de oficiales sicilianos, presidido por el conde de Thurn y Caracciolo compareció ante sus jueces. Pidió se le permitiese recoger algunos documentos justificativos de su inocencia y testimonios de su conducta durante el interregno de su soberano. Los jueces, hallando justa esta peticion, la comunicaron á Nelson; pero éste, les respondió sentencias sin nuevas dilaciones: obedecieron y lo condenaron á perpétuo destierro. Nelson al saber esta sentencia hizo sustituir imperativamente la palabra muerte á la de destierro. Una hora despues, el condenado, preparado ya para el suplicio, fué conducido en una lancha á su propio navío la *Minerva*, para ser ajusticiado en él como el último de los asesinos. Lady Hamilton, encerrada con Nelson en la galería del *Fondroyart*, se habia negado á ver y á oír á todos aquellos que contando con la piedad de una muger habian implorado su proteccion. El mismo Nelson habia permanecido sordo á las insinuaciones de sus oficiales. La corte queria aquella sangre, y el amor le pagaba el crimen.

Llegado á bordo del *Minerva*, anclado al lado del *Fondroyart*, Caracciolo aceptó la muerte sin palidecer, y solo murmuró algunas frases contra la ignominia de la horca. «Soy viejo, le dijo al oficial que mandaba la escolta; mis blancos cabellos me advierten que la muerte va á quitar muy pocos dias á mi existencia; no dejo tras de mí ni una viuda, ni hijos que huérfanos me lloren; no regateo, pues, la muerte, pero despues de setenta y dos años de una vida de honor, es cruel dejar la inmóvil imagen de la horca unida á mi memoria. Pedid tan solo al almirante inglés, en otro tiempo mi compañero de armas y mi amigo, que cambie el infame suplicio que se me prepara, por la muerte del soldado, muriendo ante el fuego de las balas.»

El oficial inglés, que recibió estas nobles súplicas, hizo suspender la ejecución y corrió á referirlas á Nelson, que permanecia invisible en su cámara. «Cumplid con vuestro deber,» respondió duramente el almirante inglés volviendo la espalda para evitar toda súplica. Caracciolo alzado por la cuerda á la gran verga del *Minerva*, espiró en el suplicio de los asesinos en medio de los aplausos de los unos, de la piedad de los otros y para la vergüenza de todos, especialmente de Nelson. Cuéntase que lady Hamilton subió á la duneta del *Fondroyart* para contemplar el cadáver de la víctima de la

reina, pendiente de la horca durante toda aquella noche. Cuando las tinieblas hubieron envuelto las escuadras, se ataron dos balas de cañón á los pies del cadáver y se le arrojó al mar: la mar, empero, no lo quiso recibir.

Tres dias despues, el rey Fernando era conducido desde Palermo al golfo de Nápoles, á bordo del navío inglés el *Hardy*. De pié sobre la duneta de este navío, leía las sentencias de muerte y de proscripción que la reina su esposa queria hacer ejecutar antes de su desembarco, á fin de que la sangre de los proscripción estuviese lavada al pasar su marido. Lady Hamilton, que habia acudido al encuentro de su amiga, para darle cuenta de sus venganzas, estaba no lejos del rey con Nelson y un grupo de cortesanos que rodeaban á la reina. El mar estaba agitado y traía grandes oleadas á la popa del navío. De repente un busto de anciano, saliendo del agua hasta la cintura se apareció en la cima de una ola, como el de un hombre que hubiese marchado al través del o'eage, alta la cabeza y con su cabellera esparcida y destilando agua del mar.

Un grito de horror se alzó en toda la popa. El rey se volvió y reconoció por su semblante al almirante Caracciolo. «¿Qué nos quiere este muerto?» dijo á su limosnero, colocado detrás de él.—Diriase, respondió el fraile, que viene á implorar con el permiso de Dios, una sepultura cristiana para su cadáver.—Que se le dé,» respondió el rey, y bajó triste y consternado bajo cubierta, mientras los marineros ingleses pescaban el cadáver y lo trasportaban para ser enterrado en la pequeña iglesia de los pescadores de Santa Lucía en el muelle de Nápoles. La tempestad habia roto las cuerdas que sujetaban las balas á los pies de Caracciolo, y el cuerpo inflado por las aguas, habia subido á la superficie. Jamás, por una especie de milagro natural la venganza divina se habia mostrado tan frente á frente como una terrible acusacion contra las venganzas políticas.

VII.

Los vergonzosos servicios hechos en aquellas circunstancias á la corte de Nápoles por lady Hamilton y por Nelson, recibieron su precio. Lady Hamilton fué cubierta de honores y de regalos por la reina. Cuando Nelson condujo al rey por breves dias á Sicilia, donde lo llamaban los asuntos de Estado despues de la restauracion de su poder en Nápoles, se construyó en el palacio de Palermo un templo de la gloria decorado con todos los emblemas del triunfo. A su entrada en el palacio, Nelson, delante del cual se habian precipitado el rey, la reina, su familia, sus hijos y lady Hamilton, fué coronado con una diadema de laurel por

los hijos de la reina. El mismo rey le presentó una espada enriquecida de diamantes, y el título de duque del Trueno con el ducado de este nombre, que producía una régia renta.

Los más hábiles escultores de la Italia tallaron su estatua y le erigieron una columna. No bastaba, empero, tanta gloria, tanta fortuna y tantos placeres para cubrir la vergüenza y los remordimientos de un héroe vendido por una favorita á las pasiones de un gobierno sanguinario y corrompido.

VIII:

Vuelto á Inglaterra con lady Hamilton, recibió allí los tributos de Nápoles y de Aboukir. Todos los buques del Támesis se empavesaron con sus colores á la noticia de su llegada. El gobierno y las corporaciones de Londres le concedieron mensajes triunfales y armas honoríficas como salvador de la patria. El pueblo, ébrio de entusiasmo, le hizo la más magnífica de las ovaciones. Sus hazañas ocultaban sus flaquezas á los ojos de sus compatriotas.

CUARTA PARTE.

I.

Nelson no pudo gozar de su fama y popularidad. Encadenado á los pies de lady Hamilton, viuda ya, se separó con escándalo de su esposa y de su hijo adoptivo, Joshua Nisbet, indignado por las afrentas hechas á su madre. Fué justo, sin embargo, en su flaqueza, y jamás imputó á lady Nelson la culpa de este divorcio. «El cielo me es testigo, le escribía que no hay una inocencia, una virtud y un cariño superior á la vuestra.» Pero estimándola, no era dueño de su corazón: una cortesana le detenía con sus seducciones. Compró para ella en las cercanías de Londres una quinta llamada Merton, y allí ocultó su amor, su gloria y sus remordimientos. Tuvo de ella una hija, á la que dió el nombre de HORACIA.

II.

La guerra del Báltico lo llamó al Océano: mandó la escuadra que forzó el puerto de Co-

penhague é incendió la flota dinamarquesa. Este incendio, mas digno de un Atila del mar que de un soldado, iluminó su nombre con una aureola de horror en Europa y con una gloria fanática en Londres. Entró de nuevo en la capital como triunfador, y recibió del rey el título de lord. La Gran Bretaña veía en él el único contrapeso de Napoleón.

Entretanto, Bonaparte confirmaba su gran duelo contra la independencia del continente. Mientras la Inglaterra estuviese libre, la libertad del mundo tenía un asilo y podía tener un vengador.

Era preciso arrancar este último punto de apoyo de la palanca de las naciones vencidas, encadenadas, pero no resignadas, para asegurar sólidamente su inmovilidad, su alianza ó su esclavitud. Napoleón, despues de las victorias que habian deslumbrado al Egipto, conquistado la Italia, intimidado la Alemania, unido la débil España al curso de su política, incorporando la Holanda, habia trasportado los sueños de su genio de las orillas de la Siria á las costas del mar de Inglaterra. Aquel imperio universal que en su imaginación habia construido en Oriente al principiar su fortuna, lo habia trasportado al Occidente. Habiendo fracasado ante los muros de San Juan de Acre, y destruida su flota en Aboukir por el cañon de Nelson, Napoleón reconstruía su sueño en Boulogne frente á las rocas de Douvres, y por un extraño capricho del destino, el mismo hombre que desconcierta sus planes en la costa de Egipto, iba á desconcertarlos tambien en las de la Mancha. Hubiérase dicho que Nelson y Napoleón eran en aquel momento los dos grandes antagonistas, en los cuales se personificaban y se reasumían, en tierra, la conquista de la Europa, en los mares la resistencia del continente. De la misma suerte en la época de la caída de la república romana Pompeyo y César habian personificado en sus dos nombres la libertad ó la esclavitud del mundo. Tambien en una batalla naval, la batalla de Actium, habíanse disputado el imperio, y la pérdida de aquella batalla habia entregado el universo á César.

III.

Napoleón habia acumulado hacia diez y ocho meses en todos los puertos franceses ú holandeses que costean el canal de la Mancha, los medios para un desembarco en Inglaterra. La innumerable cuadrilla de sus lanchas cañoneras, reunidas en torno de Boulogne, y prontas á embarcar sus tropas acampadas en la playa, podían en un dia afortunado, arrojar un inmenso puente movable sobre este brazo de mar, y echar en algunas horas sobre las playas británicas uno de esos ejércitos tan irresistibles

en tierra, como las escuadras de la Inglaterra lo eran en el Océano. Por grande que fuese el patriotismo de esta isla, convertida, merced al genio de sus hijos, en el maravilloso foco de trabajo, de riqueza, de navegación y de civilización de todos los siglos, si se compara su influencia sobre el universo á su extensión geográfica, no era dudoso que doscientos mil franceses aguerridos y animados por el genio del conquistador moderno, no hubieran subyugado, al menos por un momento, la Gran Bretaña, arrasado sus fortalezas, clavado sus cañones, incendiado sus arsenales marítimos y dispersado en el viento los elementos de su riqueza y de su libertad. Sin duda la Inglaterra, sorprendida y encadenada dentro de su propio territorio, se habria refugiado casi toda en sus escuadras: habria cubierto el canal con sus flotantes ciudadelas, marchando tras las huellas de las lanchas cañoneras de Napoleón, las habria incendiado dentro de sus propios puertos y habria aprisionado á los franceses dentro de su misma conquista. Habria obtenido así de Napoleón una retirada voluntaria, y una gloriosa capitulación para sí propia; pero la vergüenza y las calamidades de una invasión en Londres, no habrían pasado menos sobre su fortuna y sobre su historia, y la Inglaterra, poseída durante algunos meses, habria pagado muy caro el rescate de sangre y de oro, que le habria sido necesario prodigar para reconquistar su patria.

La Inglaterra atenta á esta concentración de embarcaciones y de tropas en Francia, se estremecía ante las consecuencias de una hora de audacia en el alma de Napoleón, de improvisación en una maniobra de sus almirantes, de calma ó de tempestad en los mares. Sus escuadras cubrían el canal é interceptaban hasta las oleadas á las lanchas francesas, cáscaras de nuez, según la desdenosa expresión de los marinos y que podían todas ellas ser sumergidas en el mar por una sola fragata de guerra. Por esto el plan de Napoleón era no aventurar estas escuadrillas en el mar sino despues de haber reunido de todos los puertos de Holanda, de Francia y de España una flota de cincuenta ó sesenta navíos de guerra, una nueva y grande armada que se habia lanzado al mar para presentar en él la batalla á las escuadras de la Inglaterra, cubriendo con una diversion, por medio de una victoria ó de una derrota, la traslación de su ejército desde Boulogne á Douvres. Pero estos navíos, encerrados por el bloqueo de las numerosas escuadras británicas, los unos en el Escalda, los otros en Brest, aquellos en Tolón ó en Cádiz, no podían agruparse en armada naval igual ó superior á los ingleses, sino á fuerza de misterio, de combinaciones, de fortuna y de audacia en los almirantes que los mandaban. Ninguno de estos almirantes ni en Francia, ni en Holanda, en España, tenía un genio capaz de concebir y de atreverse á esas maniobras heroicas y desesperadas que fuer-

zan las imposibilidades de la fortuna y que correspondían á la impaciencia y al entusiasmo de Napoleón.

Valientes de corazón pero tímidos de espíritu todos se flaqueaban bajo el peso de las responsabilidades que se les mandaba desafiar. La guerra de tierra solo exige heroísmo; las luchas del mar reclaman heroísmo y ciencia. Un cuerpo de ejército vencido ó diezmado vuelve á organizarse, se recluta y se reforma; una escuadra vencida ó incendiada sumerge con ella á cuantos la montan, y solo deja restos abrasados sobre las olas. Las maniobras de un ejército de tierra que no dependen sobre un campo de batalla sino del golpe de vista y la voz del general, dependen en el Océano de los vientos, de las distancias, de los marineros, de las calmas, de las tempestades que el mismo genio ni puede preveer ni vencer muchas veces. Estas diferencias entre sus ejércitos de tierra y sus ejércitos de mar hacían á Napoleón tan locamente imperioso hacia sus almirantes, como imperioso era con la naturaleza; acusándolos por las condiciones de su arte y las resistencias de los elementos. Desesperanzado un momento de poder reunir sus escuadras diseminadas en una sola flota, habia meditado hacer salir de Tolón y de Brest dos escuadras separadas de sesenta velas, llevando á bordo cuarenta mil combatientes, dirigiéndolas cada una de ellas por diversa ruta á los mares de la India, y atacar así el poder inglés en los confines de Oriente, mientras podia herirlo en el corazón. Estas dos escuadras llamarían inevitablemente sobre sus huellas las flotas de la Inglaterra, y mientras ellas volaran al auxilio de la India, el canal de la Mancha, menos vigilado, abriría tal vez paso á su ejército de tierra.

IV.

La inmensidad y los retardos de este plan habian agotado bien pronto su paciencia; habia combinado otro menos vasto, pero menos lento y que debía dar tambien por resultado el reunir sus navíos en una armada naval sobre un punto distante del Océano, y llamar la masa de las escuadras inglesas lejos de la Mancha, de donde á toda costa queria apartarlas. Por su órden, el almirante Villeneuve, al que destinaba el mando superior de estas flotas combinadas, habia salido de Tolón con trece navíos y algunas fragatas. Se habia unido á la escuadra española mandada por el almirante Gravina en Cádiz; desde allí habia cruzado el Atlántico y reuniéndose en las Antillas con la escuadra del almirante Missiessy, fuerte de seis navíos. El almirante Gantheaume, que mandaba la escuadra en Brest, debía aprovechar la primera tempestad que alejase al almi-